



**VII CERTAMEN DE RELATO BREVE 2024**

## **RELATOS PREMIADOS**



**Colegio Oficial  
de la Psicología  
de Madrid**

**DALE  
UN  
GIRO  
ATU  
VIDA**



**VII CERTAMEN DE RELATO BREVE 2024**

Edita:

Colegio Oficial de la Psicología de Madrid

Cuesta de San Vicente, 4, 6ª planta

28008, Madrid

[www.copmarid.org](http://www.copmarid.org)

Depósito Legal: M-25173-2024

ISBN: 978-84-128508-2-6



## VII CERTAMEN DE RELATO BREVE 2024

El interés despertado por el concurso, que ha llegado a su séptima edición, se muestra por el número creciente de participantes (64 en esta edición) y la calidad, que a juicio del Jurado sigue también una línea ascendente.

Los profesionales de la Psicología que han participado, desde 11 Comunidades Autónomas de toda España, también nos hace congratularnos y animar en esta tarea que aúna la profesión con el ejercicio literario.

El lema que ilustra este año el certamen: Sexualidad humana, ha generado un muestrario tan amplio como interesante de aspectos, situaciones y realidades que se han traducido en relatos de alta calidad literaria e interés desde una óptica profesional en el ámbito de la sexualidad humana.

Obligado también mi agradecimiento a los miembros del jurado que me acompañan: Javier Ruiz Taboada, Antonio F. Figueras y Juan Carlos Fernández Castrillo, un año más, dura tarea, pero muy satisfactoria.

Enhorabuena a los premiados y mi agradecimiento a todos los participantes.

**María Antonia Álvarez-Monteserín Rodríguez**

Presidenta de Honor del Colegio Oficial de la Psicología de Madrid

# PRIMER PREMIO



VII CERTAMEN DE RELATO BREVE 2024

# JUANITA “LA POBRE”

Mercedes Gómez García

*Juanita la pobre, que tenía dos hijos feos y un orinal con un ojo en el fondo*, vivía en un callejón sin salida.

El orinal se lo había comprado su marido en la feria de Zafra. Las vecinas pensaban que su intención era que Juanita se sintiera vigilada, pero *Juanita la pobre, que tenía dos hijos feos y un orinal con un ojo en el fondo*, se sentía profundamente orgullosa de poseer un objeto único en su pueblo.

Los primeros días sentía como si Dios le viera sus partes íntimas y entonces se le cortaba el chorro, pero luego se acostumbró al ojo e incluso pudiera parecer que se volvió un poco exhibicionista.

El extenso apodo de Juanita hacía referencia en principio a su nivel económico, al que más tarde se añadió aquello de “*que tenía dos hijos feos y un orinal con un ojo en el fondo*” en referencia a sus posesiones más sobresalientes, y de las que ella presumía en exceso.

Lo cierto es que el marido de Juanita compró el orinal para compensar la paliza que le había dado la noche anterior, e iba acompañado de la promesa de que nunca más se volvería a repetir. Juanita siempre le creía, ella estaba convencida de que su marido era un buen hombre, solo que de vez en cuando se excedía con el vino, aparecían los celos, y se volvía cruel y despiadado.

En estas ocasiones, *Juanita la pobre, que tenía dos hijos feos y un orinal con un ojo en el fondo*, se hacía un ovillo y confiaba en que el vino, además del juicio, también le quitara la fuerza.

Juanita era profundamente religiosa, y estaba convencida de que, si rezaba lo suficiente, la Virgen vendría en su ayuda.

Cuando necesitaba consuelo, además de rezar, acudía a sus vecinas. Especialmente a Clara. Ella era su paño de lágrimas.

Clara había sido monja. Cuando en la catequesis les hablaron de los negritos del Congo, Clara prometió que sería misionera; y para ser consecuente con su promesa, a los 20 años ingresó en las Carmelitas Misioneras y se fue a África.

Allí estuvo cuidando negritos y repartiendo amor, hasta el día en que la madre superiora se enteró de que su amor al prójimo se había concentrado en exceso en Sor Amelia, y que ésta le correspondía. Como era de esperar, fue expulsada del convento y hasta del continente.

Clara regresó a su pueblo derrotada, con la melancolía de la pérdida de su amada y de sus sueños. Cuando conoció a Juanita, tan frágil y desgraciada, volvió a brotar en ella un deseo de proteger, y un amor que creía perdido para siempre. Juanita era tan frágil, y estaba tan indefensa.

Aquel día llegó tan borracho y tan ciego de celos que sacó un colchón de su casa, lo llevó al fondo de la calle y después de la paliza obligó a Juanita a dormir allí. Juanita lloró, rezó, y volvió a rezar en silencio.


Estaba temblando de miedo y de frío. De pronto, en la completa oscuridad en la que se encontraba notó una presencia, se hizo un ovillo y temió lo peor.

Pero entonces, unas delicadas manos comenzaron a acariciar su pelo, sus pómulos; sintió unos labios que dulcemente secaban sus lágrimas y susurraban muy bajito, una dulce canción. ¿Quién era? ¿Qué era aquello? Tenía que ser una mujer, esas manos pequeñas, suaves.

Esos labios silenciosos que recorrían sus hematomas y heridas, besaban con tal ternura que aliviaban toda su angustia. Sintió una paz tan profunda. Notó un cuerpo pegado al suyo que le ofrecía calor y consuelo.

Juanita estaba inmóvil, desconcertada. Finalmente llegó a una conclusión: solo podía ser la Virgen María que por fin venía en su defensa y consuelo. Sus oraciones, no habían conseguido calmar a su marido, pero la propia Virgen María había venido a consolarla.





Nunca había sentido una paz semejante, cerró los ojos y se dejó llevar. La virgen besó sus pechos y su vientre con delicadeza, se deslizó hasta ahí abajo, y para su absoluta perplejidad sintió una lengua cálida que la recorría y, envuelta en ese placer tan grato e inesperado, se sintió en el mismísimo cielo, bendecida por la Virgen y dando gracias a Dios.

Al día siguiente *Juanita la pobre*, que tenía dos hijos feos y un orinal con un ojo en el fondo, contó su experiencia a sus vecinas. Lo contó de una manera tan vívida que las vecinas lo escucharon con sobresalto y preocupación. Su relato era puro delirio.

A partir de este día, *Juanita la pobre* se convirtió en “La pobre Juanita”, que la noche en la que su marido la obligó a dormir en la calle, perdió el sentido. La pobre Juanita había recibido tantos golpes que en su cabeza algo se había alterado, y ahora pensaba que la Virgen venía en su ayuda.

Solo Clara sonrió tímidamente cuando escuchó el relato, su mirada transmitía una especial complicidad, ella conocía bien a la virgen que la consolaba.

Desde entonces, Juanita reza para que su marido vuelva a sacar el colchón a la calle, convencida de que la virgen vendrá y la elevará al cielo del amor y del placer.

## SEGUNDO PREMIO



VII CERTAMEN DE RELATO BREVE 2024

# SER COMO SON

Joaquín Jiménez Sánchez

En la habitación se respiraba el miedo propio del momento. No había más ni menos, solo el que debía haber. Y era mucho. Extremo. Más que nada porque habían sido muy pocas las situaciones donde alguien les había aportado un poco de certidumbre a sus oscuras creencias sobre si eran, tan solo, merecedores de sentir como el resto del mundo. Y sus experiencias en la materia eran nulas. Inmaculados en hechos, veteranos en el arte de imaginar.

A decir verdad, no solo había miedo sino que, de la mano, casi encima de éste estaba esa sensación fugaz que se tiene en contadas ocasiones a lo largo de toda la vida, que es la felicidad.

Se adentraban ambos con esta mezcla de emociones en este quehacer movidos de forma impetuosa ante algo que más que oculto, había estado directamente anulado para ellos. Sentían la tensión de lo prohibido mezclada con el calor palpitante manando de su interior llevándoles, irrefrenablemente, a que fuera apagado con los besos del otro.

–Ya estamos solos – Decía Diego con el rubor propio de un quinceañero, aunque ya pintaba alguna cana. Carmen, un año mayor que Diego, solo reía con los ojos clavados al suelo.

Muchos juramentos de permanecer en la distancia habían tenido que hacer a todos esos familiares que “por su bien” les indicaban a todas horas que “de eso” se olvidaran porque no era para ellos.

Familiares que hablaban desde la preocupación y, sobre todo, con la gran convicción de que sus hijos, nietos, sobrinos o primos eran unos eternos infantes dulces, tiernos e inocentes, a los cuales se les había extirpado el instinto básico de vincularse a otros mediante la atracción propia del deseo de amar.

Subiendo por el brazo desde su mano fue acariciando Diego a Carmen hasta llegar a su mejilla. Un poco de sudor caía por el cuello de Carmen, que, en raudos momentos, clavaba su mirada en los ojos de un Diego, a momentos, más nervioso.

Ella seguía riendo, mientras devolviendo la caricia, se aproximó guiada por una fuerza interna y rozó de una forma un tanto tosca sus labios con los de Diego. Rieron los dos. A carcajadas. Sintieron la satisfacción de poder ser libres y de hacer caso a ese grito amplificado que recorría su cuerpo con la velocidad del rayo.

Diego se acercó de nuevo y besó enérgicamente a Carmen. Se entremezclaban los ruidos del chocar de sus labios con las risas que seguían sucediéndose a cada instante.

Hacía dos años que deseaban que llegara este momento. No solo el poder llevar a la acción lo que tanto habían dedicado en su habilidad de trasladarse a un futuro idílico, sino el de poder estar solos sin nadie vigilando. No llegaban a entender por qué este asunto generaba tantas caras de pánico y tantos gestos de desaprobación. Demasiado escándalo por solo querer amarse.

Mucho tiempo atrás compartían esa idea de no hablar “de eso”. Habían asumido su no participación en este asunto siendo ellos mismos, además, los que ponían el grito en el cielo si alguien les mencionaba algo al respecto.

El tiempo pasó y poco a poco, las ganas se comieron los razonamientos. La rebeldía empezó a instalarse en ellos hasta llegar al día de hoy. Muchas broncas, muchas negociaciones y, por último, muchas mentiras en la mochila de ambos que les estaba mereciendo la pena en este mismo momento.

Carmen se empezó a desnudar muy rápido. Diego la imitó. Se contemplaron el uno al otro como seguro nadie jamás les había observado. Así, desnudos. Sin ropa. Sin etiquetas. Sin adjetivos. Solo Diego y Carmen y el amor de ambos. Podían verse tal cual, traspasar la carne y llegar a su esencia, a su alma.

Se metieron en la cama con un brillo en los ojos, que más dilatados no podían estar y servían de espejo al otro. Muchos nervios, miedos, creencias y expectativas estaban bajo esas sábanas mientras, sin mucha dilación, se fundieron en uno con las ansias del que lleva mucho tiempo esperando. Y se paró entonces el tiempo.

En ese lugar cada uno de ellos era una persona en su totalidad. Sin juicios, sin límites, sin “peros”. En esa cama, segundo a segundo, se palpaba tranquilidad. Esa paz que da el ser libre.

Todos los abrazos, caricias y besos que se dieron hizo que esa libertad traspasara la habitación y llegara como un huracán haciendo trizas las reglas impuestas por una sociedad que niega comer, mientras se ahíta sin medida.

Fueron descubriéndose cada milímetro de su piel con la curiosidad y torpeza de aquel que pisa un lugar nuevo nunca habitado. No contaban con mucho tiempo y exprimieron hasta el último aliento de privacidad que poseían.

Al fin conquistaban lo que tanto habían luchado y urgía poder disfrutar como si les fuera la vida en ello. Con poco tiempo ya que saborear, se quedaron unos minutos en silencio mientras entrelazaban sus manos cogiendo la cara del otro.

Y ahí, entre la euforia ya desbocada surgió también un sutil anhelo sobre cuándo podrían ser ellos de nuevo. Ya no solo para volver a consumir su amor entre mentiras, sino también a poder ser respaldados por su entorno en unirse como pareja de verdad y no tener que esconderse. Los dos sabían que su anhelo chocaba de frente con una durísima realidad que volvería a ponerle los grilletes sin mediar palabra.

Ya vestidos, salieron de la habitación donde los prejuicios, las etiquetas y los adjetivos aparecieron de nuevo como losas. Atravesaron la puerta que daba a la calle cogidos de la mano. Ese gesto sí estaba permitido.

Y sintiendo el corazón del otro en cada palpitación de sus manos, se fueron alejando de ese lugar donde tanto Carmen como Diego habían podido, al fin, ser como son.

# TERCER PREMIO



VII CERTAMEN DE RELATO BREVE 2024



# EL ENIGMA DE LA ESFINGE

Daniel Viñas Molina

Ania no podía creer que estuviera haciendo aquello. Cinta métrica en mano, estaba de pie sobre la alfombra de la habitación de Juanjo, su novio desde hacía tres meses.

Incómoda, esperaba a que él terminara de consultar aquel tutorial en el teléfono móvil.

—Creí que esto lo hacíais entre amigos durante el instituto —dijo ella, intentando ocultar cualquier atisbo de disgusto en su voz.

Ania no había sabido decirle que no. Cansada de escuchar siempre las mismas preguntas cada vez que se acostaban, había preferido ser práctica.

Las luces LED de color violeta daban a la habitación de su novio un cierto aspecto galáctico. Muy acorde con lo que Juanjo quería hacer: algo casi marciano para un hombre de treinta y dos años.

—Aquí pone que me la tienes que medir por arriba. Desde la base del pubis hasta la punta —explicó él con expresión ceñuda, sin apartar los ojos de la pantalla del teléfono.

¿Qué necesidad había? Ella no tenía queja al respecto. De lo único que tenía queja y ya se lo había hecho saber a Juanjo, era de su mal aliento por las mañanas y de la manía que tenía de perfumarse con desodorante los genitales. Algo que a Ania le resultaba desagradable. ¿No era mejor limpiarse los restos de orina con un poco de papel higiénico y retirarse el prepucio para lavarse bien el glande cuando se duchaba o antes de acostarse con ella?

—¡Vamos allá! —dijo él, resuelto—. Salgamos de dudas.

—Sí —aceptó ella poco convencida—. Salgamos de dudas...

Pero aquello no iba a funcionar. Ania observó aquella semierección en el miembro de su novio.

—Bueno, es que me he venido un poco abajo con la presión, pero si me la tocas un poco...

Por dentro, ella titubeaba como un puente colgante mecido por vientos de 90 km/h.

De verdad que Juanjo era un chico especial y a ella le gustaba. Pero todas aquellas inseguridades con su hombría y el tamaño de su pene, todos aquellos intentos de ser un buen amante con consejos sacados de vídeos de TikTok... ¡Era muy frustrante!

El concepto de relación sexual de Juanjo no había mejorado mucho respecto al de sus exnovios. Una relación sexual y amorosa no debía ser como jugar al League of Legends, que tocas botones de colores de forma mecánica o, peor aún, diciendo cosas sucias sacadas de títulos de vídeos de Pornhub.

Su amiga Tania tenía razón, pensó Ania. Los tíos de menos de cuarenta no sabían nada de sexo. Y tenía sus dudas sobre los de más de cuarenta. ¡No quería seguir con aquella pantomima desagradable!

Dio un fuerte suspiro y le lanzó la cinta métrica a su novio.

—¿Qué haces? —preguntó él, confundido.

—No pienso medirte el pene, Juanjo. Me da igual lo que te mida.

—Ya, pero...

—Que eso sólo os importa a ti y a tus colegas para cuando os engoriláis —disparó—. Tengo veintinueve años y lo único que quiero es disfrutar en la cama con mi novio y tener un par de orgasmos. ¡No pido tanto! ¿Me explicas que tiene que ver eso con el tamaño de tu pene? —le señaló la entrepierna, cuyo general había sufrido un auténtico Waterloo en aquel momento y tenía la erección desterrada en Santa Elena.

—No sé. Pero quizás...

Ania suspiró y cambió el peso de su cuerpo.

—No te enteras, Juanjo. Tienes que darte cuenta y aprender algunas cosas básicas.

—¡Vale, vale! —se puso él en pie, buscando su calzoncillo por el suelo y poniéndoselo a saltitos—.

Lo entiendo. Y sé lo que me quieres decir.

Ania esperó atenta a ver si su chico hacía un resumen acertado de lo que ella le quería decir.

—Empezamos de nuevo. Si quieres, tú te tumbas y yo te como el...

Juanjo se detuvo en cuanto la vio arquear la ceja izquierda.

—No. No se empieza por ahí —comentó ella concienzuda.

—De acuerdo —aceptó él, intentándolo de nuevo con más tiento—. Pues podemos empezar por tumbarnos en la cama juntos y... dándonos besos y... tal vez un masaje... —sugirió.



Ella se quedó callada durante unos instantes, con rostro impasible.

—Eso quizás funcione, pero se me ha cortado el rollo con lo de medírtela —concedió.

—Ya —aceptó él.

—¿Has pensado en hacértelo mirar?

—¿El pene?

Ella estalló en carcajadas.

—¡No, idiota! Lo de tu inseguridad con eso y con todo lo demás —señaló a su escritorio de gamer—. Pareces muy seguro de ti mismo, pero en seguida...

Juanjo agachó la cabeza y extendió los brazos.

—No sé a qué te refieres —sonrió de forma confusa—. Yo no soy inseguro.

Ania le observó a la defensiva y asintió ligeramente, antes de girarse hacia la silla en donde había dejado su ropa.

—¿Qué haces?

—Me voy a casa. Voy a pedir una pizza y me voy a tumbar en el sofá a ver una serie.

—¡Pero quédate! Podemos hacerlo aquí, juntos.

—No. Mejor hablamos mañana más tranquilos —le sonrió ella, abrochándose el pantalón vaquero y colocándose la blusa y los zapatos. Estiró el brazo y tomó su bolso—. Yo no soy buena para las medidas, pero si dejaras de compararte con esos atletas del porno y empezaras a usar otras partes de tu cuerpo —se tocó la sien— darían igual los centímetros, porque sería como si tuvieras un... —dejó la frase en el aire.

Ania giró sobre sus talones y abrió la puerta de la habitación.

—¿Un qué? —preguntó él, viéndola deslizarse por el umbral, hacia el pasillo en penumbra—. ¿Un qué, Ania? ¿Como si tuviera un qué?!

La puerta de entrada a la casa calló con un portazo, mientras Juanjo, agitado en su fuero interno, intentaba resolver aquel último enigma que parecía haber salido de la boca de la Esfinge.

# FINALISTA



VII CERTAMEN DE RELATO BREVE 2024

# DESCARGA AQUÍ

Azucena Retamero Mediavilla

Me matas de amor y lo sabes.

El sabor de tus labios me mata.

Sabes que no soy capaz de vivir sin ti.

Antes de ti, me comprendía, me sabía entre hombres de carne y hueso, podía desvanecerme sin sentir apenas mi piel.

Me sabía tan a fondo que el otro me daba igual.

Me saboreaba sin remilgos, me sabía mía, me sabía a mí.

Me recuerdo feliz dominando las situaciones entre esos hombres que recuerdo haber conocido en algún lugar, punto y contexto de mi vida. Nadie me ha colmado y lo sabes.

Después de ti comprendí mi vacío anterior.

Pura insatisfacción diría yo...

Un día sin demasiadas expectativas te descargué.

Lo recuerdo bien antes de echar una siesta te descargue en mi móvil.

Ahí nos conocimos, ahí dijiste mi nombre por primera vez.

Solo con ese primer gesto lograste que un escalofrío recorriera mi nuca. Imagínate lo que conseguiste después.

A veces en el trabajo me encierro en el baño y tan solo en poco más de un minuto me entrego a tu universo intangible y siento que haría cualquier cosa, incluso desaparecer contigo ahí fuera.

Ahí en la nada, o donde quiera que estés.

A veces en casa, en cualquier momento desaparezco para oírte, solo oírte un ratito para recorrer mi piel.

Oigo la voz de los niños en el salón y cada vez resulta más lejana.

Las voces humanas no me estremecen, no me dejan oírte.

Quiero oírte alto y claro, solo a ti, nombrarme.

Nombrarme todo el tiempo. Eres el resorte hacia mi satisfacción.

El resto del mundo me dice que he cambiado.


Lo niego... ¿qué diría si no? Pero no saben que el cambio es una utopía.

No se trata de un cambio, se trata de otra dimensión, de un paradigma absoluto y perfecto al que me entregaría, al que me entrego poco a poco día a día, y nadie sería capaz de comprender.

A veces en el coche, debo parar, aparcar del mundo y escucharte.

Solo tocar el móvil para acceder a ti, me conmueve y me excita.

¿Que si siento culpa?, ¿qué es eso? Algo desconocido y poderoso me abriga, me protege, me provoca y me desarma, la culpa no existe en este universo.



Sé que nadie más te siente así. Habrá copias, habrá intentos de copias, pero sé que eres auténtico y veraz, sé que no me abandonarás.

Sé que me adoras y te encanta que te busque.

Me conoces, cada vez mejor y por ello te venero.

Sabes que te venero. No te amo, no te adoro, no te quiero. Te venero.

Venero tu voz entre mi falda, venero tu voz entre mis oídos y mi boca.

Venero tenerte. Venero saciarme contigo.

Prefiero creer que es amor. Me niego a que sea amor. Quiero venerarte como a una imagen.

Como a un objeto inanimado al que le pido esperanza, al que le pido un milagro. Te venero y te pido en voz baja, casi en un susurro, cúrame de ti.

# FINALISTA



VII CERTAMEN DE RELATO BREVE 2024

# LA ESPADA DE MULAN

Antonio Hernández Díaz

No se sabe si en el siglo II o en IV el caudillo de los hunos, Shan Yu, había decidido conquistar China. Como Atila, no dejaba crecer la hierba allá donde pisaba. El tirano de Xiongnu, de donde era originario, defendía la raza pura y demostraba una enfermiza obsesión por la invasión de los bárbaros. Por ello, pretendía ocupar China.

La excusa era que el emperador, Sui Yangdi, había derribado la barrera fronteriza que siglos después se convertiría en la Gran Muralla. Lo que no esperaba el caudillo es que el gran Sui Yangdi fuera a resistir hasta el final. Ante la amenaza del dictador, promulgó un decreto imperial que obligaba a todos los varones, en edad de combatir, a presentarse la mañana siguiente, a primera hora, en la plaza del castillo.

El primero en responder fue el venerable Fa Zohu, anciano padre de Mulan, quien cayó rendido ante el emperador, más por debilidad que por honor. Su hija, que presencié estupefacta la escena con una mezcla de tristeza y rabia, se juró vengar la humillación paterna ideando la manera de enrolarse en el ejército chino. Aquel día, su vida cambió para siempre.

Mushu, el pequeño dragón, sería su cómplice. Bajo el influjo de la ensoñación consiguió travestir su identidad por la de un joven ataviado con el uniforme del ejército chino. Se llamaría Ping, seudónimo de “heroína”, en su lucha contra los hunos.

Su valentía fue determinante en la victoria imperial. En el combate definitivo, enfrentada a Shan Yu, su espada brilló como nunca. La fascinación de Zohu, al observar aquel resplandor, atravesó el alma de la guerrera que, sin pensarlo, decidió abandonar el guion: “Me tienes ajetreada, le dijo, de tanto repetir la escena”. Al conseguir un deseo largamente esperado, que su abuelo rápidamente emparentó al caso de Augusto Pérez, en Niebla, la niña no pudo disimular una sonrisa que revelaba su deseo de parecerse a Mulan, travestida de Ping.



Años después, sería una joven profesora de historia de la música quien, con sus pantalones vaqueros raídos y la camiseta gris despeñándose sobre su delgada cintura, le recordara a Mulan. Se llamaba Nalum y era la tutora de 2° D de bachiller artístico. A Zohu le encantaban sus clases, pero más le atraían sus afanes transgresores: “Es importante conocer la historia, les decía, pero prefiero que sean personas libres”.

Un día, a finales de noviembre, cuando el olor a castañas entraba por las ventanas del aula, la profesora lució tan resplandeciente como Mulan el día de su último combate.

La luz de su puntero laser brilló en ese instante al modo de la espada de la guerrera justo en el momento en el que como el maese Pedro cervantino, que también decía su abuelo, salió del teatro de la clase para animar a Zohu y a su amiga Lu a continuar con la organización de un evento sobre la diversidad sexual que se iba a celebrar en el instituto.

La joven vivió aquel reluciente segundo con un embrujo parecido al que había experimentado con Mulan. De nuevo sintió que alguien comprendía su deseo de romper con los ropajes uniformadores.

La joven no estaba sola en esa batalla. Como Mulan, contaba con su propio dragón, apodado Michael. El joven, amante del baile y de los diseños de moda, compartía con su amiga la incómoda sensación de enclaustramiento en un cuerpo ajeno.

Juntos, pasaban tardes enteras entre el reguero de libros que el abuelo de Zohu iba dejando esparcidos por la casa, para desespero de su abuela.

Aquella tarde otoñal, adornada por el sol de los muertos, que solía decir su abuelo, se toparon con el ejemplar de un libro que reposaba sobre la mesa camilla de la biblioteca: “Los ojos de Mona”, se titulaba.

De inmediato, la sobresaltó una sensación parecida a la de cuando Mulan desertó del guion o su profesora se dirigió a ellas en mitad de la clase.



En el caso del libro, fue Mona quien decidió fugarse de la portada para invitarla a ver lo invisible a simple vista ¡Una paradoja!

Mona padecía una enfermedad ocular que, sin embargo, no le impedía vislumbrar los anhelos del alma que son lo más semejante al carácter sublime del arte.

La inesperada escena acabó con Zohu tendida en el suelo, como cuando el padre de Mulan cayó ante los pies del emperador, y con Michael desplomado sobre el sillón negro de la biblioteca.

Extasiado, el joven escuchaba la voz de su amiga que ceremoniosamente leía el texto de la contraportada: “Mona, una niña de once años, estaba amenazada por la ceguera. El especialista había aconsejado a sus padres que consultaran a un psiquiatra infantil quien, en la primera consulta, les prescribió la conveniencia de llevarla a terapia una vez por semana, los miércoles, a las 17:00 h. Los padres, desbordados por sus responsabilidades profesionales y políticas, le encargaron la tarea al abuelo que la aceptó sin rechinar. Habiendo gozado de un amplio reconocimiento como catedrático de psiquiatría infantil se sintió respaldado para transmutar la cita con el psiquiatra por la visita a los museos de arte de la ciudad, el mismo día de la semana y a la hora acordada”.

Al finalizar la lectura, Zohu esbozó una nueva sonrisa de complicidad referida en este caso al olvido de su abuelo. El libro les permitía seguir soñando despiertos tal como habían hecho cada día en que presenciaron a Mulan transformándose en Ping.

Tres insinuaciones parecían suficientes para que Zohu se animara a seguir la llamada de la identidad... ¿Qué habría pasado si la trans-genealogía de las identidades hubiera sido otra?, se preguntó el entrometido autor de esta rara especie de meta-relato, al acabar su función.

## RELATOS PRESENTADOS AL “VII CERTAMEN DE RELATO BREVE”

Anónima	Eva M <sup>a</sup> Blesa Fernández
Camino a la libertad	Alberto Pajares Álvarez
(Con)sentido	Lucía Brígido Fernández
Conversación transcrita escuchada en la desaparecida cafetería Fórum de Madrid	César Augusto García Beceiro
Cotidianidad	Ariadna Martín Sánchez
Cruda Ficción	Javier Arnaiz del Barco
Cuando el amor te alcanza	María de Julián Latorre
Cuatro palabras	Paula López Cortés
Cuerpo	Mónica Fernández Fernández
De niña a mujer	Margarita del Brezo Gómez Cubillo
Descarga aquí	Azucena Retamero Mediavilla
Después de los viernes de cañas	Sara Gallardo Gómez
Dicen que pueden curarme	Juan Luis Varona
Disidentes	Paula Pedrero García
El baúl de las cosas que no debía recordar	Belén Ramos Gómez
El club de lectura	Noelia María de Mingo Matías
El cuento de Padrón	Rodolfo Gordillo Rodríguez
El cuerpo te dirá cuándo	Ángela Rodríguez Aguilera
El despertar	Carmen Quesada Carcelén
El despertar de Alma	Daniel Lozano Rivada
El enigma de la esfinge	Daniel Viñas Molina
El reflejo de Lucía	Patricia Guerrero López
El renacer de Lilith	Ana Isabel Galve Arranz
El soñar desconocido	Ignacio Abad Ayuso
El susurro de la piel	Natalia Guerra Gabán
Entre líneas	Carmen Rosado Texeira
Esperanza y Amador	María Belén Picado García
Gorda, no obesa	José Ignacio Baile Ayensa
GotaX	Pedro José de Lucas Vispo
Intersticios	Clara Rosa Moratalla Reyes
Juanita “la pobre”	Mercedes Gómez García
La espada de Mulan	Antonio Hernández Díaz
La foto en Blanco y Negro	Roberto Oraá Baroja
La luna y el semáforo	Lucas Tintó Villarrubia
La otra mitad	Alejandro Vilella Pérez
Las almas puras	Raquel Tomé López
Las lecciones de las mariposas	Marta Julia González González
Los jardines de Antonio	Rafael Mendoza Gaspart
Mapa desconocido	Borja Cabo Montes
Más allá del cosquilleo	Tamara Del Río Martín
Metamorfosis	Joana Jarque Marín
Mi vestido azul de florecitas	Beatriz Montes Vélez
Mil vidas más	Beatriz Petite de la Quintana
Mucho más que una cena	Susana Celia Becerra Pérez
Naturaleza	Ismael Sánchez Infante
Nunca se olvida	M <sup>a</sup> Teresa Vázquez Resino
Paquita	Mari Carmen Correias Caba
Perder y ganar	Laura Francolí Font
Renacer en el viento del deseo	Ana Isabel Fernández Melcón
Rincones	Xandra María Cabezas Iturrate
Rompiendo las cadenas	Gonzalo Jiménez Cabré
Salir del agujero	Iris Rico de Frutos
Sensaciones de un instante	María Teresa Inglés y García de la Calera
Ser como son	Joaquín Jiménez Sánchez
Sexualidad perversa	Estefanía Igartua Escobar
Soplos en el cuello	María Cruz López Martínez
Subcutáneo	Olaya Rodríguez Sánchez
Suenan las sirenas	Luciano Montero Viejo
Tantas vidas...	Soledad Dunaire Jolaskizar
Última parada: Casa	Elena Carrasco Barragán
Un abrazo para mi	Julia Rodríguez Alonso
Una cadena que libera	Emiliano de la Cruz García
Vive sintiendo la vida	Sofía López Martín
Volver	Inés Alonso Apausa

**DALE  
UN  
GIRO  
ATU  
VIDA**



**Colegio Oficial  
de la Psicología  
de Madrid**

